

que en ninguna parte del mundo había locos más locos ni mejores locos que en León.—Y había la Palaca. La Palaca veía una comedia de Bernard Shaw. Cuando se enfurecía, que era cosa de una vez por año, durante no sé qué movimientos de la luna, se la llevaban presa. León es una ciudad moral y con todo que a los locos se les quiere hay ciertas cosas que sólo a los perros les es permitido. La Palaca siempre salía de la cárcel en estado interesante. En la cárcel también la querían mucho.

Todo eso se acabó. ¡Cualquiera se atreve a ser loco en León con las cosas como andan! Porque hay cada yanqui con rifle y con mando, ¡que Dios guarde! En los Estados Unidos tal vez no hay locos. Son un pueblo privilegiado. O, si los hay, tal vez destripándolos a bayonetazo limpio es como salen de ellos. En León de Nicaragua hay ahora que ser cuerdo, muy cuerdo.

Alfonso Cortés sabía eso muy bien. Pero ahí lo tienen. Encadenado en su casona. ¡Ay de él si lo dejan salir! Hasta que pase la intervención tiene que llevar cadena, por su propio bien.

No fué su culpa que se haya vuelto loco. No quería volverse loco. Quería ser de gran cordura. Amaba a León y por León y para León quiso

ser grande. Era poeta y buen poeta. En León, sin embargo, se asfixiaba. El León que él amaba era un León metafísico, la ciudad que está toda en los versos de Darío; ciudad segunda sólo a la Ciudad de Dios. El León físico agobiaba al poeta Cortés. Era un León muy estúpido, muy mezquino, muy lleno de calumnias y de odios; de calumnias sobre todo. Ciudad sin libros, sin escuela, sin maestros. Era preciso salir de ella, y el joven salió.

Era hermoso. Lozano de cuerpo, separados los grandes ojos claros, bella la cara ancha de gato o de león. ¡Qué brillante porvenir el suyo! En tierras de Centroamérica, en Guatemala principalmente, anduvo errando. Y estudiando y ensayando su canto a pleno cuello. De entonces (1921) es *La epopeya del Istmo*; poco posterior (1923) es *El buey*. Tiene muchos bellos versos más, regados en periódicos y revistas. Algunos figuran en libros de otros: Versos que le han robado del bolsillo, o que le han comprado en sus días de hambre para hacerlos aparecer como propios. Pero se le ocurrió volver a León, ¡y a León no hay que volver nunca! Y en León, ya en plena intervención y prostitución del sentimiento nacional, y en plena miseria que ha sem-

brado el yanqui, Alfonso Cortés fué sintiéndose raro, fué cantando menos, pasó hambres agudas, grandes desprecios, y un buen día la ciudad entera se decían unos a otros: «Sucedió lo que te dije». Alfonso Cortés se había vuelto loco.

No hay casa de locos adonde enviarlo. Soltarlo sería que lo destripara alguna bayoneta *Made in U. S. A.* Encadenado lo tienen en su casa. Y la locura se le agrava porque la alimentación que dicen los médicos que necesita no hay quién se la dé.

De cuanto prometió son prueba los versos de *El buey* y de *La epopeya del Istmo*. Muchos de los versos suyos perdidos son de igual o superior valor que éstos. Cuando Nicaragua sea libre, si acaso es tarde ya para que un gobierno nacional acuda en socorro del gran poeta enloquecido de hambre,—y apenas tiene 35 años de edad,—lo menos que habrá que hacer es recoger esos versos dispersos y editarlos. La poesía toda del continente ganará con ello. Alfonso Cortés era el primer poeta de Centroamérica después de Darío.

*Salomón de la Selva*

San José de Costa Rica,  
diciembre de 1930.

## Dos poemas de Alfonso Cortés

=Envío de Adolfo Ortega Díaz=

### El buey

¿Es de cocido barro o de maderas toscas  
este buey, que en la calle he visto más de un día  
arrastrar la carreta y espantarse las moscas  
con el cansancio inútil de la monotonía?

¿Y qué filosofía puede teder acaso  
este cristiano símbolo de las renunciaciones  
que va como si el tiempo le hubiera impreso el paso  
conque él avanza fuera de todas relaciones?

Su lomo undula al ritmo de cada torpe pierna  
mientras sin pena ni odio la hundida frente arruga,  
y abre, como testigos de una idiotez eterna,  
sus ojos, grandes lágrimas que su párpado enjuga.

Y sin embargo, cuando la nueva Primavera  
cruce con pies descalzos por la fecunda gleba,  
que sufra, estremecida como una gran cadera,  
el varonil mordisco del diente de la esteva,

él gozará en los sacros afanes de la siembra  
espasmos panteístas de un gozo no soñado,  
pues cual la vaca antaño, hoy es la tierra su hembra  
y su virilidad persiste en el arado.

Y no otra sed ni otra hambre tiene tan dulce precio,  
ni otro sudor un pago tan óptimo, pues manso  
y todo, no hay desprecio igual a su desprecio,  
ni puede haber descanso igual a su descanso.

Por eso, hoy que lo veo libre del yugo, creo  
que en él está el secreto de la divinidad  
y eunuco y todo, afirma un superior deseo,  
mientras con las pupilas rumia su soledad.

Y si pudiera hablar de su ciudadanía,  
a nuestras almas tristes de hastios y pecados,  
su libre esclavitud tendría esta ironía:  
—¿Por qué no harán los hombres sus urbes en los prados?—

León, 1923.

### La Epopeya del Istmo

#### Raza

El canto de voces íntegras y nuevas  
se lanza al porvenir. Escucha, oh, Patria,  
bajo cuyos caros cielos azules  
dormirán mañana mis ojos y mis palabras.

Todo presta atento oído  
a los ecos de la sangre y de la raza,  
de la sangre latina y de la raza joven  
que engendró la conquista en nuestras montañas;  
todo presta atento oído,  
como si se escuchara  
que hablan cosas misteriosas  
los volcanes con su antigua lengua en llamas.

Hay un rico despertar  
de gérmenes innatos, de ansias  
de libertad, de novedad y de igualdad,  
que por las arterias de los montes se propaga.  
Tenemos un aire indígena  
aún para nosotros mismos, fuerza elástica  
para plegarnos a toda crítica  
y contemplar toda batalla,  
y a la vieja Europa le llega el nombre de América  
como si el horizonte fuera el que cantara.

Somos un mundo nuevo,  
lejos del Viejo Mundo,  
que se harta de lodo y de sangre se empapa;  
estamos separados  
por el éter líquido de una mar azul y vasta,  
somos una Colonia  
que fué a fundar un Príncipe a una estrella ignorada!

La vieja Europa,  
como una madre anciana,  
tiene los retratos de los abuelos  
para decorar la sala;  
tiene las panoplias, donde duerme  
su sueño heroico alguna espada;  
tiene sus selvas filosóficas,  
de robles y de encinas magnas,  
y sus olimpos,  
donde sus épicos pegasos saltan.

Mas nosotros tenemos  
la dualidad del siglo en marcha,  
y juntamos en síntesis fuerte  
la agilidad de los movimientos del alma  
a ese prestigio soñoliento y lírico  
que nos legó la herencia fatigada.  
Comprendemos la Historia,  
y amamos sin embargo la audaz Democracia;  
conocemos el derecho de ser libres,  
y gozamos la libertad como una gracia,  
y así, queremos ir hasta el Progreso,  
sin olvidar el valor económico de la Palabra.